

CRÍTICA DE LIBROS

CLAUDIA HILB, *Leo Strauss: el arte de leer*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005. 356 páginas.

Es un placer dar noticia de un libro competente en teoría política. Claudia Hilb ha abordado una tarea difícil al intentar presentarnos la obra de cuatro grandes autores de la historia de la teoría política a través de la lectura que de ellos hizo Leo Strauss. El esfuerzo es de agradecer porque los autores son complejos y el mismo método de Strauss también es controvertido. Ciertamente se agradece el respeto con el que la autora trata el pensamiento de Strauss.

El libro responde a un trabajo de largo recorrido en el que las lecturas de Hilb sobre la obra de Strauss comienzan más de veinte años atrás con “los textos y seminarios de Claude Lefort” (p. 11). Su primer encuentro con *Natural Right and History* tuvo lugar en francés y fue causa de atracción y perplejidad, ya que la autora reconoce lo leyó casi todo pero “entendió poco” (ibidem). A partir de ahí, su interés por la obra de Strauss fue en aumento y, a la vista del presente libro, con buen fruto.

Esas lecturas parecen haber sido todo un periplo de formación personal en el que la autora ha ido aclarando por un lado el entramado del pensamiento de Strauss y su deslumbrante metodología, y por otro los núcleos centrales del pensamiento moderno. La presentación de la lectura que hace Strauss de los cuatro autores se desarrolla con mucha seriedad, lentamente y con la profundidad que merece. Se trata de una lectura sensible e inteligente, sin urgencias.

Claro que, desde el comienzo, el lector se plantea el porqué de esta selección de autores y a qué se debe que se nos presenten los pensadores modernos en esta suce-

sión. Hilb parece estar de acuerdo con Strauss en su rechazo del historicismo, pero aún así esta colocación tan intencionada intriga al lector. Llama la atención una incursión de este tipo, selecta y arbitraria, en la historia de las ideas. Da la sensación de que, con el pretexto de estar siguiendo a Strauss, la autora puede así centrarse en aquellos autores que ella considera pivotes de la modernidad. No es que no sea genuino su interés por la metodología de Strauss y por su propia filosofía política, eso se da por descontado, pero se desearía una atención igual de cuidadosa a otros pensadores en los que el maestro también se detuvo.

Es curioso, pero no extraño en la tradición en español, la inclinación de nuestros profesores por los calvinistas. La obra de Hilb es un buen ejemplo de esto sin que en el libro se mencione este asunto del factor religioso, una ausencia sonora.

Es muy atrayente la aparición de un Niccolò Machiavelli dialéctico, rebelde, filósofo, extra-cristiano, demoledor de las viejas carcasas de la filosofía clásica y de la religión oficial. Se agradece la sutileza de recoger ese “olvido de lo fundamental” (p. 39) que se da en el florentino y que se valore este olvido como un instrumento teórico de primera magnitud. Ahora bien, quizá no se profundiza adecuadamente en algo que, junto con esta idea, en Strauss es primordial de manera implícita. Nos referimos al Machiavelli rétor, al hombre de formación musical que menciona a Publio Escipión y se mueve en un mundo de transformación de la retórica clásica, a punto de ser desvirtuada.

Conocer a Strauss a través de su explicación de estos pensadores, predominantemente del norte o inclinados hacia ese mundo gótico, es respetable. Es cierto que Strauss estuvo siempre marcado por su formación asquenazí, por unos estudios que combinaban tanto su formación teológica como su preparación filosófica. Ahora bien, era un sabio de poderosas intuiciones propias a las que voluntariamente no cerraba el paso. De esa forma, sus supuestas incoherencias le servían para salirse de su propia piel y llegar a un hecho inusitado en pleno siglo veinte: el reconocimiento como maestro de un genio sefardí como Moisés Maimónides y la apreciación de los maestros andaluces. Hacer eso en pleno siglo veinte, en contra de lo que a él le había sido enseñado, revela su poderosa visión y su originalidad. Claro que Strauss no es explícito al respecto. Desde luego no llega tan lejos en su recuperación como para captar en su plenitud la hondura retórica de la cultura mediterránea, a la que sin duda él también *velis nolis* pertenece. Strauss procede de la diáspora asquenazí, mucho más radical que la sefardí, ésta última siempre a orillas del Mediterráneo, el mar que a fin de cuentas baña las tierras próximas a Jerusalén. Quizá esta circunstancia no le ayudó a acercarse al Machiavelli de los *Tercetos sobre Fortuna*.

Dado lo anterior, leer teoría política europea a través de Strauss sin tener en cuenta este periplo de recuperación genial que llevó a cabo resulta cuestionable. También resultan inquietantes las alusiones a la

lectura que Strauss hace de Maimónides sin que sintamos bien consultada esa pequeña obra maestra que es su *Cómo empezar a estudiar la Guía de Perplejos*, amplio ensayo de 45 páginas y pieza esencial en todo este asunto¹. En cierta manera y a pesar de su esfuerzo por no ser historicista, Hilb incurre en este defecto al reunir a Strauss un tanto superficialmente con un maestro de una valía que el propio Strauss supo ver con humildad como incomparable.

También resulta frustrante la “Conclusión” del libro (pp. 315-333) con su resumen de las premisas más o menos escondidas de Strauss acerca de la filosofía y de su necesidad. El libro de Hilb se mueve de manera muy aristotélica, anclado en ese principio de identidad que con la *Metafísica* de Aristóteles se implantó en la filosofía occidental y especialmente en el mundo latinoamericano. Aunque lo cierto es que Strauss fue de los pocos que contestó valientemente este principio, comprendiendo, en la estela de su maestro Maimónides y paralelamente de Sigmund Freud, que en buena parte del cerebro humano no rige tal principio de identidad. Como no lo rige en la letargia que es, para el maestro sefardí, la verdadera vía del conocimiento.

La importancia de la letargia, aunque no citada con este nombre, va a ser esencial en la filosofía de Strauss. El rechazo que muestra Strauss hacia la modernidad aseverativa y triunfal, que Hilb encuentra plasmada en la ilustración y su racionalidad atea, puede que tenga mucho que ver

¹ Leo STRAUSS, “How to begin to study *The guide of the Perplexed*”, en Moisés MAIMÓNIDES, *The guide of the Perplexed*, traducción y edición de Shlomo Pines, The University of Chicago Press, Chicago, 1963, vol. 1.

también con el rechazo religioso de una sociedad vigilante en el que la letargia queda deteriorada e incluso excluida como fuente de saber genuino. Todo lo contrario que él había aprendido en su formación en el *halakah* y en su maestro Maimónides, para quien el verdadero saber llega de noche y a través de los sueños.

Tampoco acaba de convencer el análisis del pensamiento de Baruch Spinoza. Por una parte se nos habla de sus implicaciones teológicas —esto sí aparece bien conservado en el libro de Hilb—, pero por otra se le coloca fuera del contexto de la evolución del pensamiento sefardí, con sus raíces en la edad de oro de 900-1300, y de las pugnas que se dieron en la Disputa de Barcelona de 1263. Nos referimos a la asimilación del mundo sefardí que se produjo con las expulsiones de 1391 y posteriores, y con la desesperada asimilación de las juderías del sur de Europa, de la que Spinoza es un genuino producto. Como lo es igualmente el humanista Isaac Abravanel a quien Strauss también estudió. Strauss supo ver de forma admirable, y a pesar de su formación, que en todo ese mundo tan avanzado del sur se escondía una sabiduría muy especial. En un sentido más concreto resultan confusas, y cuestionables, algunas atribuciones a Strauss y a sus conexiones culturales como las que se hacen en la página 268.

Casi la mitad del libro está dedicada a la lectura que hace Strauss de Thomas Hobbes y de John Locke, dos pensadores calvinistas. Hilb explica el pensamiento de estos autores de la mano de Strauss y, dado el rigor de la autora y el talento del maestro, el resultado no puede ser otro que muy bueno. No obstante, al lector le queda el regusto de que Hilb está pilotando la meto-

dología de Strauss para llegar a unas conclusiones bien ordenadas y para que encajen como piezas limadas: el racionalismo del *amor habendi*, la abundancia como condición de la paz, la felicidad pública, las carencias, la *búsqueda triste de la alegría*, el economicismo como maquiavelismo maduro y, cerrando el desfile, la noble mentira de la filosofía.

Es muy interesante la lectura que hace Strauss de Hobbes. Hilb percibe el rechazo de Strauss hacia esa actitud moral originaria del inglés, una actitud “inexaminada” (p. 120) que difracta su visión de la vida. Aquí nos asalta otra vez la pregunta de por qué Hilb no ha querido ahondar más en este punto y en las conexiones de Hobbes con Theodore de Bèze o con Petrus Ramus. Es cierto que Strauss no tenía acceso a esas conexiones —en su tiempo no se conocían— pero en cierto modo él contaba con una intuición insuperable y personalísima que a veces le servía para rellenar con suficiencia los huecos de sus conocimientos y percibir las conexiones en otros detalles. Igual ocurre con otros aspectos de Hobbes, si bien achaca a la filosofía clásica “que era más un sueño que una ciencia” (p. 120), también escribió todo una parte de su *Leviatán* dedicada a ese *Kingdom of Darkness* que tanto le inquietaba. En cierto modo él mismo era un humanista inflamado de espíritu heroico.

Apresurémonos a decir que algunas páginas del libro aportan sutilezas y clarificaciones poco frecuentes en la teoría política contemporánea. Tenemos buenos ejemplos tanto en sus comentarios acerca de la función del árbitro en una guerra civil —un árbitro que no debe limitarse a ser neutral (p. 131)— como, y esto tiene más alcance, la no confusión en Hobbes del jui-

cio con lo ejecutivo. Hilb capta con sensibilidad la importancia del juicio político y de la contingencia en la filosofía política de Hobbes. Si bien aquí es de lamentar que la autora, con su evidente talento y hondura, se haya limitado a un Strauss leído literalmente para recoger una visión sobria y defendible de Hobbes ante la ciencia académica. Esto nos lleva a una versión bastante convencional de Hobbes en donde aparecen los conceptos más decantados en la literatura al uso como el *summum malum* de la muerte violenta, la preferencia del sentido del tacto, la idea de la teología decapitada, la lectura siempre dialéctica de los textos y la identificación de la conciencia con el miedo a la muerte como “base esencial de su filosofía” (p. 183), que dice Strauss. Citar textualmente la letra de Strauss sin tener en cuenta la música es una manera arriscada de tocar sus partituras.

En el caso de Hobbes se echa en falta una pequeña incursión en conceptos como el estado de naturaleza, tan manejado por los autores cristianos, la excesiva estimación del poder de la razón —a la que tanto

alude Strauss en el caso de Hobbes—, la idea de que cada cual ha de ser el juez natural para defender su propia vida y el tema del miedo a la locura. En especial se busca y no se encuentra una revisión adecuada de conceptos como la omnipotencia o la doble lógica de la guerra y de la paz, términos centrales para un extraordinario autor que por algo siempre estuvo prendado de Tucídides y a quien tradujo al inglés. La parte dedicada a Hobbes es quizá la que más dudas suscita en este libro de la Profesora Hilb.

Pero, volviendo al principio, todo lo anterior se nos sugiere al leer la obra porque se trata de un trabajo valioso y de altura, una obra pertinente y llena de coraje. Un libro en el que su autora alumbra el pensamiento de cuatro autores modernos importantes a través del arte de la interpretación de uno de los titanes de la teoría política del siglo veinte. Un libro recomendable por su sabiduría y muy útil para los alumnos universitarios.

JAIME MACABÍAS